



<http://www.rosablindada.net/>

**Jorge Eliécer Ordóñez Muñoz**

## **LITERATURA Y VALORES**

La Estética se traduce en un valor humano, así lo comprueba la tradición cultural de los pueblos: todos han pintado algo, han tallado alguna piedra o algún madero y se han transmitido, de generación en generación, sus mitos, sus leyendas, sus efusiones poéticas, en torno al cosmos, la naturaleza y sus sentimientos más íntimos. Todo lo han hecho obedeciendo a sus particulares visiones de mundo, que de hecho, son lecturas subjetivas, idiosincráticas, de su entorno. No existe sobre la faz de la tierra una comunidad, por atrasada que sea en aspectos económicos y materiales, que no haya dejado una impronta representativa de sus imaginarios: de hecho todo conglomerado humano desarrolla una lengua y con ella su potencial creativo.

Aquí entramos de nuevo en el terreno de lo relativo y lo indescifrable, por lo menos a primera vista: ¿qué tiene de estético que un hombre, por cumplir su destino, mate al padre, cohabite con la madre y finalmente se ausente los ojos, en una imagen por demás horripilante? Puede aducirse que la Estética posee un amplio espectro: estética de lo bello, de lo sublime, de lo feo, de lo horrible, de lo escabroso, de lo escatológico... Quiero significar con el recuerdo de esta trama, ampliamente conocida por todos, que un valor humano fundamental como el estético, entra en un abanico muy amplio cuando el tejido simbólico mueve sus hilos. Así sucesivamente, el adulterio de Helena de Troya, los requiebros amorios de Ulises, el régimen esclavista que campea en la épica, no obstante el fino sentido de la areté griega, simplemente nos llevan a pensar que los valores no son

absolutos, ni deben leerse con una sola lupa ideológica. Ni la Ciencia, como constructo hipotético deductivo, se salva de los avatares del tiempo: los equívocos de ayer son las verdades de hoy, susceptibles, a su vez, de ser revisadas, contrastadas y corregidas a futuro.

La Literatura nos presenta un gran fresco de la condición humana, y agrego, la gran Literatura no está preocupada por construir discursos a favor o en contra de la moral, las buenas costumbres y los “valores positivos del hombre en sociedad”; esa sería tarea de otras disciplinas y de otros sujetos diferentes a los poetas y escritores. De allí que se torne sospechosa la utilización abusiva de los textos literarios para “pedagogizar” o “didactizar” la experiencia humana. Jaeger, en su monumental *Paideia* muestra como las grandes epopeyas homéricas, la tragedia, la comedia y la poesía eran por sí mismas, y sin mediaciones inútiles, vehículos para educar y sensibilizar al pueblo griego. A su lado, la filosofía, las matemáticas, la geometría, la cultura física, la música, la política, llevaron a ese conglomerado a convertirse en paradigma de occidente.

Se conoce de los efectos contrarios a su fin, cuando de tiempo en tiempo, se dictan índices, se censuran obras o se queman en piras inquisitoriales, los productos de la libre imaginación de los artistas, y de los hombres de pensamiento avanzado, por lo general, a contracorriente, de la turba mesocrática, en palabras de Leon de Greiff. Dos extremos insidiosos: la pedagogización sordomuda y la cacería de brujas, con el supuesto de que ambas propenden por la consolidación de los valores.

El apóstol Pablo, en sus inicios, Saulo de Tarso, persecutor e intransigente, es autor de una frase lúcida: “examinadlo todo, retened lo bueno”. Pero otra vez la interpretación fuerte se tropieza con el fantasma plurisignificativo y plurideológico: ¿y qué es lo bueno?

Henry Miller, el autor de los Trópicos y de ese bello libro de viajes por la Grecia milenaria, llamado *El Colosos de Marusi*, fue prohibido en los países de lengua inglesa, por obsceno, pero pienso yo, más bien por ser un crítico implacable de la cultura norteamericana, que siendo la suya, no dudó en tildarla de burda y utilitaria. Hoy por hoy, su literatura suena inofensiva, amén de haber abierto las compuertas de temas considerados tabú. ¿Qué hizo Miller?: hablar desde el cuerpo, darle un sentido sagrado al erotismo. Ernesto Sábato enuncia ese aspecto como una de las características de la novela del siglo XX. Así, nuestros

García Márquez, Alvaro Mutis, Germán Espinosa, Eduardo Zalamea, Andrés Caicedo, R.H. Moreno Durán, recurren a esa estética sensualista, sin bordear siquiera los límites de la vulgaridad o la ramplonería. Son los tiempos, señor, –para evocar al virtuoso de Rulfo– Claro, en el umbral de esas obras, están el Psicoanálisis, la revolución sexual, Nietzsche, Marx, Darwin, Marcuse, el feminismo, la posmodernidad con sus rostros y sus máscaras...

El marqués de Sade, leído como un auténtico perverso por las mentes lineales, es llamado por Octavio Paz, *el divino marqués* y considerado en una lógica paradójica como uno de los grandes moralistas de la humanidad. En un movimiento de reflujo, Sade sería el anticuerpo, el vigía, el tábano sobre la piel del caballo para mantenerlo despierto: él alerta, avisora, sobre los riesgos que traen consigo los totalitarismos y la hipocresía. ¿y qué decir de nuestro Vargas Vila, vilependiado, exiliado, autor clandestino, –y por lo tanto absolutamente popular–, prohibido por décadas en los recetarios oficiales? En un movimiento de acción-reacción, el panfletario y sus incondicionales deben morir de la risa al constatar la volubilidad del tiempo y la precaria tabla de valores que posee la sociedad.

En síntesis, el tema de los valores tiene que ver con el discurso dialógico, antes que con la mínima punta del iceberg. Su territorio es dialéctico, temporal, cambiante, como las lenguas; vivo, como la tierra, que a veces, para reacomodarse provoca tsunamis y terremotos, que a la postre, no son ni “buenos”, ni “malos”, ni siquiera “necesarios”, sino orgánicos.

Fedor Dostoievski, que pone en labios de uno de sus personajes: “amo la mentira porque es lo único que nos diferencia de los animales”, no puede por ello ser señalado como un apologista de la falacia. Simplemente en su galería de jugadores, prostitutas angelicales y condesas diabólicas, santos corruptibles y crápulas redimidos, está corroborando a Honorato de Balzac cuando afirma: “todo lo malo que te cuenten del ser humano, créelo”. A los valores auténticos, como al paraíso, se llega por caminos inusitados. El problema no es de linearidad, sino de intensidad: al buen ladrón le bastó una sola frase dicha desde adentro y pudo morir tranquilo, aferrado a una promesa.

Si la Semiótica, la Lingüística, la Hermenéutica y otras disciplinas encargadas de dar pistas para develar el texto literario, permiten que un ser humano crezca en discernimiento, en reflexión dialéctica, inocente, pero no ingenua, sobre lo deleznable de la condición humana, bien valió la gracia haberse acercado a sus símbolos; si, por el contrario, el interés se centra en ejercer despóticos proselitismos de cualquier índole, el arte se rebajará en tal medida, que como en una aciaga época de nuestra “patria boba”, las humanidades han de ser los sepulcros blanqueados con mentirosos epitafios de convivencia social en un país que ardía y que aún arde de intolerancia. La falta de imaginación los mueve a ser crueles, ha dicho Borges de los Yahoos, una tribu, más que bárbara, degenerada, en su cuento magistral *El Informe de Brodie*.

Me he referido en los párrafos anteriores al tema de los valores de manera intratextual, valga decir, a la inmanencia del texto literario. Sin embargo, no puedo negar que la lectura puede crear en quienes la asumen eficazmente, una serie de valores que van desde adquirir significativos hábitos de reflexión, pensamiento, tolerancia, hasta aportes imaginarios que cada libro podría señalar: el heroísmo en la épica, el humor en el Quijote y Gargantúa y Pantagruel, el amor a lo divino en la mística y la ascética, la constancia, la amistad y el coraje en *El Viejo y el Mar*, la alteridad, la confrontación al adulto, pero sobre todo, la ternura, en *El Principito*, la redención humana gracias al amor senil en *Los Tiempos del Cólera*, la pertenencia ecológica y poética de todos los hombres y mujeres que discurren por *Las Crónicas Marcianas* de Ray Bradbury, la inteligencia y la perfección urdidas en los símbolos de Jorge Luis Borges, la fraternidad de Pablo Neruda, la viril inocencia de Miguel Hernández, los diálogos entre el hombre y la tierra de Juan Rulfo, la sabiduría de María Zambrano, el encantamiento de *Las mil y una noches*...

De otro lado los valores pueden operar a manera de álgebra simbólica, cuando lo negativo se traduce a positivo, por ejemplo cuando en *Papa Goriot* de Balzac, la ingratitud y la mezquindad de unas hijas, dan como resultante, en una *Estética de la Recepción*, que los lectores tomen partido por los antónimos, es decir, la gratitud y la generosidad. Después de observar *Salo, Calígula o Asesinos por naturaleza*, uno sale disparado a organizar comités de paz, encuentros solidarios o clubes de buenas intenciones.

Desde una perspectiva semiótico-literaria, todo texto posee valores estéticos y valores extraestéticos. Los primeros, –que son objeto de estudio del investigador literario– llámese maestro, crítico, escritor, lector-cómplice-fundan su eficacia en todos los elementos que componen la estructura textual y acuden a ella para crear efectos artísticos, valga decir, el estilo, el ritmo, la imagen, la figuralidad, el lenguaje, en poesía; las voces narrativas, el narratario, los focalizadores, las secuencias, las matrices actanciales, el cronotopo, la caracterización de personajes, los diálogos y monólogos, etc. en un texto narrativo. El valor estético es la dominante en el discurso inscrito en la función poética del lenguaje, para acudir al semiólogo ruso Roman Jakobson. Cualquier desviación de este propósito entra en lo que los críticos con argumentación sólida han dado en llamar *Crítica impresionística*, es decir la que se queda en la cáscara de las buenas intenciones y se contenta con adobar con adjetivos melifluos el trabajo arduo y complejo que nos entrega un escritor. Pensar que un texto poético se escribió sólo para sensibilizar a los potenciales receptores o para proyectarles mensajes canónicos de cualquier índole, es desviar la función del arte. Estos equívocos en el medio, son los que tradicionalmente han confundido la esencia de la poesía, con la declamación cursi y lacrimógena, en aras de un supuesto nativismo raizal, muy lejos de asumirse con argumentación y coherencia. De igual manera, la efemérides casual o la diatriba pseudoideológica, han sido tierra fértil para que afloren los populismos y los falsos sentidos de pertenencia. Pienso desde mi buhardilla que lo primordial es subir el nivel estético de las personas, acercarlas al arte superior, sin el sofisma de que no lo entienden, en lugar de rebajar el arte a niveles de pauperización mental, para que todo el mundo aplauda sin sonrojo y sin conocimiento de causa. Lo popular es aquello que está condenado a serlo. Ahora bien, y para soslayar la polémica, existen productos populares de gran factura como el tango, el son, el bolero, cierto corrido mejicano, la carranga, los rajaleñas y otros más, pero cuidado, también circulan especies, que bajo el rótulo de popular, rústico, terrígeno, vernáculo, lo que hacen es esconder un facilismo en la elaboración y en la recepción, que lindan con la ordinariez y el pésimo gusto.

Insisto, el valor estético es la dominante de la obra de arte y hacia su descubrimiento, análisis y reflexión, deben dirigirse los estudios serios de la Literatura. Lo demás es majadería bien intencionada, especulación del *todo vale* y creencia facilista de mirar el texto como una suerte de panacea, donde cualquier recetario puede funcionar: enseñanza de

ortografía y gramática, pretexto para realizar comprensiones de lectura, trampolín para ejercitar competencias, motivo para enseñar y/o censurar comportamientos sociales, mensaje para codificar situaciones morales, religiosas o ideológicas, etc. Corolario de estos usos sospechosos de la literatura, es el auge de ciertos textos, pobres estéticamente, pero eficaces en la “formación de adolescentes”, con el agravante de convertirse en best-sellers, otra razón, en sí misma sospechosa: Los Og-Mandino, los Cuatemoc Cárdenas, Los Paolo Coelho, y otros, que no niego, pueden suplir ciertas carencias de optimismo y superación humana, pero que no aportan mayores reflexiones en torno a los fenómenos de la Estética. El discurso de lo obvio, que tanto reclama el grueso público, se parece a las frases hechas de los vendedores de milagros y vida sana: “fumar hace daño”, “realice ejercicio de manera permanente y dosificada”, “bájese a las grasas y al alcohol”, “relájese, duerma bien, la vida es bella”, “si siente furia cuente hasta diez”, y entonces la persona sale del consultorio o sala parapsicológica con una cara de parroquiano feliz porque le acaban de descubrir el mundo, en otras palabras, le acaban de decir lo que siempre había sabido, solo que le han fabricado un ritual, que además se lo cobran por anticipado. Igual sucede con ciertos textos de superación, que ahora nos quieren pasar como obras maestras de la Literatura. Cuidado su valor estético es de dudosa reputación. Que no suceda la premonición de García Márquez: hay maestros que vacunan a los niños contra la literatura.

Nadie puede negar que La Ilíada, la Odisea, La Divina Comedia, El Quijote, el Cuarteto de Alejandría, el Coloso de Marusi, Pedro Páramo, además de sus valores estéticos, arrojan, por contera un sinnúmero de datos, referencias, reflexiones, que podemos considerar como valores extraestéticos. Se aprende geografía, historia, códigos de diversa índole, costumbres, visiones de mundo diversas, pero todo ello está subordinado al valor dominante, el estético, el que las convierte en patrimonio de la humanidad. Es paradójico, el Bolívar histórico personalmente empezó a interesarme con cierta vehemencia después de leer El General en su Laberinto, antes era el padre de la patria, un general siempre de a caballo, que de tanto verlo en las plazas de todo el país y de oírlo en todos los discursos veintejuleros, se me había vuelto etéreo, lejano, inasible. El valor estético de la novela garciamarquiana me arrojó en brazos de otros valores subsidiarios.

Y ya para terminar, que es la frase más feliz y esperada por el auditorio, en una conferencia o recital, debo agregar que el texto de textos, La Sagrada Biblia, nuestro paradigma cultural, ético y estético, de la cultura occidental, supera con creces ciertas sublitteraturas utilitarias y utilitaristas y no se arredra cuando de tratar la condición humana se trata: allí aparecen el primer fratricidio, la primera traición (¿deicidio?), el incesto a la orden del día, la sublevación política, incluida del hijo al padre, las masacres, las orgías, las sodomías y las gomorrías, la esclavitud, la prostitución, sacra y profana, las desviaciones y aberraciones sexuales, la xenofobia, el sadomasoquismo, la hechicería, el satanismo, el arribismo, las herejías, los cultos letíferos, etc. Cabe preguntar en el momento de hablar de valores: ¿Pondría usted un libro así en manos de sus hijos y de sus estudiantes?

### **Bibliografía**

ARISTÓTELES, (1979). El arte poética. Madrid: Espasa-Calpe.

BAJTIN, Mijail, (1982). Estética de la creación verbal. México: Siglo XXI Editores.

BARTHES, Roland, (1983). El Placer del Texto. Madrid: Siglo XXI Editores.

DUCROT, Oswald y TODOROV, Tzvetan, (1983). Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje. Bogotá: Siglo XXI Editores.

ECO, Humberto, (1981), Lector In Fábula. (1981). Barcelona: Lumen.

MUKAROWSKI, Jan, (1972). El arte como hecho semiológico. La Habana: Casa de las Américas.

TALENS, Genaro y otros, (1988). Elementos para una semiótica del texto artístico. Madrid: Cátedra.